

Durante el almuerzo oficial de la Asamblea 52 en Los Angeles, California, el 8 de octubre de 1996, el ex secretario de Estado (1973) de Estados Unidos y Premio Nóbel de la Paz 1973, Henry Kissinger, tuvo una presentación especial de preguntas y respuestas. Algunas de ellas, de la versión en inglés:

Henry Kissinger

--¿Cuáles son las diferencias entre la prensa de la época en que usted era secretario de Estado y la actual?

Aunque pueda parecer extraño, cuando llegué al gobierno nunca había dado una conferencia de prensa en mi vida y nunca pensé que tuviera ninguna destreza particular para lidiar con la prensa. Me relacioné con la prensa, en parte porque ninguno de los departamentos establecidos estaba muy dispuesto a dar información sobre Vietnam, porque tenían miedo que se los comieran vivos.

Así que una vez a la semana, en los primeros días del gobierno de Nixon, me pidieron que ofreciera una sesión de información, que realizaba a manera de seminario en Harvard. Le decía a la gente lo que pensaba sobre los temas de importancia. Yo no me especializaba en dar información precisa sobre las noticias del momento; me concentraba en explicar a los periodistas serios lo que yo creía que estaban en posición de comprender por ellos mismos cuando hacíamos algo, el porqué de lo que hacíamos.

La diferencia que percibo ahora es esta: yo serví en la administración de Nixon, cuya relación con la prensa no era ideal, para decirlo de alguna manera. Sin embargo, había un grupo de periodistas en Washington que tenían un conocimiento considerable de los asuntos internacionales, que tenían un profundo sentido de responsabilidad con el país y con quienes era posible hablar sobre la base de que estábamos involucrados en un objetivo común por el país, desde posiciones distintas.

Los que iban conmigo en el avión eran adversarios, en el sentido de que tenían que buscar información que yo no quería divulgar para facilitar mis negociaciones. De hecho, la mayoría de los que traté regularmente estaban muy bien informados sobre nuestra política con Vietnam, y trataban de sacarme información por todos lados, desde un punto de vista analítico.

Yo tenía la confianza de que sí podía defender lo que estábamos tratando de hacer, que me escucharan. Me parece que muchos de los periodistas de ahora están buscando titulares, buscan un caso que puedan probar. Pero no parten del historial de la información ni conocen mucho del asunto que están tratando.

--¿Qué papel pueden jugar los medios en la promoción de las nuevas democracias, particularmente en América Latina?

América Latina está 10 años, quizás 20, detrás de Estados Unidos en la revolución informática y en la formación de la conciencia humana mediante imágenes en vez de textos. Creo que en América Latina la prensa escrita probablemente tiene una mayor influencia que la televisión. No soy experto en medios latinoamericanos, pero no me sorprendería si, debido al hecho de que en muchos de esos países hubo gobiernos

militares y, en otros, gobiernos autoritarios, que el papel de la prensa en plantear interrogantes y mantener cierto grado de libertad ha jugado un papel significativo en lo que, después de todo, es uno de los desarrollos más importantes en materia de democracia y economía de mercado en el hemisferio occidental, donde hace 15 años no hubiera ocurrido eso, ni remotamente.

--¿Qué piensa sobre la política de Estados Unidos hacia América Latina en este momento? ¿Qué cree que se debe hacer?

Creo que la política que hemos enunciado hacia América Latina es extremadamente creativa. Conuerdo con los presidentes Clinton y Bush en elaborar la Iniciativa de las Américas, el Área de Libre Comercio para las Américas. Mi posición sobre el continente es esta: en Estados Unidos hay muchos que piensan que tenemos que participar activamente en hacer llegar la democracia a todas partes del mundo. Creo que no tenemos la capacidad para hacer eso, pero sí podemos impulsar la democracia donde ya exista y trabajar juntos con países que tengan una historia y expectativas similares, específicamente en el hemisferio occidental y América del Norte, y tratar de aliarlos. Por eso favorezco mucho la expansión del Tratado de Libre Comercio de América del Norte y la creación de un sistema económico, y con el tiempo político, en el hemisferio occidental.

De manera que concuerdo con el pronunciamiento de la política. Pero creo que no le hemos prestado la debida atención en los últimos dos años, no hemos hecho las cosas con mucha convicción ni energía. No basta con simplemente anunciar programas económicos de reforma de mercado; tiene que establecerse alguna relación entre la austeridad que se exige y lo que las estructuras políticas pueden sostener. Esta es una tarea que Estados Unidos debe emprender, junto con las otras naciones del hemisferio occidental.

--Cuando el ex presidente Salinas de Gortari estaba en su apogeo, usted dijo que México sería el primer país del Tercer Mundo que llegaría al Primer Mundo. ¿Cuál es su opinión hoy?

Fui un gran admirador del presidente Salinas y pensé que las políticas que siguió eran las apropiadas para México. Escribí varios artículos sobre el tema. No tengo conocimiento personal de ninguna de las acusaciones que se han hecho contra él. Creo que el problema ha sido cómo implementar la transición de las importantes reformas económicas que él realizó a la reforma política. Yo hubiera esperado que si México hubiese tenido una evolución normal, la sucesión de Salinas habría generado el mismo grado de democratización del campo político que él logró, o pareció haber logrado, en el campo económico. México ha tenido mala suerte en ese sentido. Pero todavía creo que el progreso económico de México es muy bueno.

El problema en México ahora es vincular el progreso económico al progreso político y mantener en mente que hay un límite a lo que puede imponerse sobre la población en nombre de la economía de mercado. Es un equilibrio necesario y que todavía no está claro. Pero si se logra, creo que el pronóstico de Salinas será correcto y que México será uno de los primeros países en llegar al Primer Mundo.

--¿Qué piensa de la situación actual del régimen de Cuba y si fuese secretario de Estado ahora, qué le recomendaría al presidente Clinton con respecto a ese régimen?

En los periódicos se publicaron varios artículos sobre las negociaciones que intentamos tener con Fidel Castro en 1974 en un deseo por normalizar las relaciones, que le hubiesen exigido abandonar las actividades revolucionarias en América del Sur y democratizar en cierto grado su propio sistema. Esas negociaciones fracasaron porque Castro prefirió involucrarse en Angola que continuar el diálogo.

En este momento particular, no creo que Castro sea una amenaza para nadie. Parece que ha decidido y aprendido de las experiencias en Europa Oriental que los regímenes comunistas no se pueden sostener como tales si hay reformas políticas, de manera que él prefiere continuar con el sistema comunista que tratar de liberalizarlo mucho.

¿Qué haría yo como secretario de Estado en este momento? Habría que calcular los beneficios de levantar el embargo en términos de las relaciones con una isla que no está haciendo mucho daño contra el precio político que habría que pagar en Estados Unidos. Ese es el asunto fundamental que yo percibiría como secretario de Estado. Creo que el régimen de Castro está condenado al fracaso, y que seguramente cambiará. La cuestión es qué precio político uno está dispuesto a pagar para hacerlo.

--¿Cuánto progreso cree que se ha logrado en términos de una mejor comprensión y alianzas más profundas de Estados Unidos con las naciones de América Latina?

Estados Unidos tiene que enfrentar dos mundos diferentes en este momento. Uno es el mundo democrático y de políticas de libre mercado, dentro del cual un conflicto militar es concebible y las consideraciones estratégicas deben tener un papel secundario ante los cambios económicos, sociales y de otro tipo. En este mundo yo colocaría al hemisferio occidental y a Europa del Norte y Occidental. Pero existe también un mundo en transición como Rusia. Y también está el mundo asiático, en el que las consideraciones estratégicas juegan un papel significativo en las relaciones de los países y en que Estados Unidos tiene un papel importante y tradicional que jugar.

Debemos darle mayor prioridad al fortalecimiento de las relaciones dentro del mundo democrático y yo usaría eso como una base desde la cual operaría en el mundo estratégico. No basta sólo con que el presidente viaje a América Latina, sino debemos darle una mayor consideración, atención inmediata, a poner más carne en el esqueleto de la estructura que hemos mencionado.

--¿Cuál es la evolución de su propio pensamiento sobre América Latina? Usted pasó de su actitud displicente, reportada de sus conversaciones, me parece, en 1970, en la Embajada de Chile, a publicar columnas en defensa del Plan Marshall.

Sobre los comentarios que supuestamente hice en la embajada chilena, creo que la imaginación romántica de mi interlocutor jugó un papel importante. No es muy probable que yo me haya tomado el trabajo de ir a la embajada de Chile a decirle a un diplomático chileno lo que él afirma que yo dije. Pero es cierto que en los primeros años de mi servicio en el gobierno tuve que enfrentar los siguientes problemas: teníamos

que salir de Vietnam, teníamos que abrir las relaciones con China, estábamos trabajando en la política de distensión con la Unión Soviética, teníamos una guerra en el Medio Oriente, tuvimos Watergate. La agenda estaba llena.

Después que me nombraron secretario de Estado, comencé el Diálogo de Tlatelolco. Tuvimos dos reuniones de cancilleres y entonces todo se vino abajo debido a las disputas sobre energía como resultado de la crisis energética. Yo viajé tres o cuatro veces a América Latina. El cambio en mi manera de pensar ocurrió tan pronto como tuvimos espacio de maniobra y pude moverme de los problemas que se nos impusieron a los problemas que yo pensaba que debían ser el elemento creativo en el establecimiento de un sistema internacional.

Si usted mira después del 74, esa evolución ha sido constante y creo que he realizado por lo menos la misma cantidad de visitas a América Latina que a Europa y Asia, y en cualquier caso esas son las convicciones que he seguido durante 20 años.

--Usted dijo recién que Estados Unidos no tiene la capacidad de llevar la democracia a todo el mundo, que esa no debería ser la meta del país.

Lo importante no es que sea la meta, sino que no podemos imponerla a base de sanciones y presión.

--¿Pero no debería ser ese el impulso central de la política exterior de Estados Unidos?

Depende de lo que quiera decir con impulsar la democracia. Por cierto es muy apropiado que Estados Unidos deje bien en claro qué favorece. Pero existe un margen de decisión dentro del cual podemos dar un trato preferencial a países cuyo historial de derechos humanos favorecemos. Si Estados Unidos intenta cambiar los gobiernos de todos los países del mundo, se verá en una posición de consultas interminables, que hemos probado que no son sustentables. Yo no haría de eso una propuesta general. Hay ciertos hechos repugnantes. Yo hubiera favorecido, por ejemplo, el uso de la fuerza militar en Bosnia antes de lo que se hizo, por las violaciones a los derechos humanos que ocurrían allí. Pero como propuesta general, hago una distinción entre esas regiones del mundo donde se pueden implementar nuestros valores por acción directa, y esas partes del mundo donde nuestro principal objetivo debe ser preservar la paz y nuestras posibilidades de prosperidad.